

## **El mercado libre y el papel del gobierno**

**Por**

**Jorge A. Sanguinety**

¿Por qué existe el mercado? De hecho, ¿qué es “el mercado”? Hablando en singular, el mercado es la forma institucional de las sociedades que permite el intercambio de bienes y servicios entre compradores y vendedores. En la práctica, no hay solamente un mercado, sino que hay muchísimos, porque en cualquier sociedad hay muchos compradores y muchos vendedores además de muchas clases de productos. Y el mercado surge porque hay lo que se llama “división social del trabajo” que es una de las pruebas más robustas de que la humanidad ha ido progresando. Tal como observó Adam Smith, la división social del trabajo es la forma de organización de los procesos productivos basada en la especialización del trabajo para poder elevar la productividad y de ese modo producir más con menos recursos y menos esfuerzo. La alternativa a la especialización sería que todos fuéramos autárquicos, que produjéramos todo lo que necesitamos, lo cual nos mantendría en la pobreza más abyecta, como a los primeros habitantes de La Tierra. Por eso, como no es eficiente tratar de producir todo lo que queremos o necesitamos, nos especializamos en producir diversos bienes o servicios, pero entonces debe haber un mecanismo de intercambio entre lo que producimos y lo que necesitamos. Ese es el papel del mercado, permitir el encuentro de los que producen diversas cosas para intercambiarlas como a ellos les conviene. En ese aspecto los llamados mercados libres son en realidad instituciones donde los compradores y los vendedores operan libremente, aunque bajo diversos tipos de reglas o regulaciones.

En función de esta lógica, toda economía moderna es de mercado. Hasta las economías centralmente planificadas son de mercado, porque el socialismo, a pesar de que lo revoluciona casi todo, no llega a eliminar la división social del trabajo que hereda del régimen anterior. Por lo tanto, las economías socialistas necesitan del intercambio y el mismo sólo se lleva a cabo por medio del mercado. De ahí que en rigor podemos decir que las economías socialistas también son de mercado. Entonces, ¿en qué se diferencia una “economía de mercado” de una socialista? La diferencia consiste en los grados de libertad con que operan los mercados en cada caso. Los mercados socialistas operan con muy pocas libertades debido a las diversas formas en que interviene el gobierno. Las economías que Marx llamó capitalistas eran prácticamente todas las que existían bajo diversos regímenes de propiedad privada y libertad de mercados. El quiso diferenciarlas de la utopía económica socialista, lo que implicó diversos grados de intervención gubernamental.

Pero, ¿cuánto debe intervenir el gobierno en los mercados? Esto es una cuestión que no puede responderse sin considerar primero cuál debe ser el papel del gobierno en una economía. Podemos ver el papel de cualquier gobierno como el productor de lo que los economistas llaman los bienes (y servicios) públicos. En contraste con los bienes

privados que son consumidos individualmente, los bienes públicos son generalmente consumidos colectivamente. Por ejemplo, cuando yo me como una naranja, yo soy el único consumidor de esa naranja. Si divido la naranja para ser compartida por dos personas, la misma sigue siendo un bien privado, pues el pedazo que cada uno consume lo hace excluyendo a otros consumidores. Los bienes públicos, sin embargo, son consumidos a la vez por muchas personas pues las mismas no pueden ser excluidas del acto de consumo. Un ejemplo tradicional de bien público es el alumbrado de las calles, pues todos los que pasan son consumidores de ese servicio; en general no puede haber en una zona dada alumbrado para algunos transeúntes y no para los demás. Otros ejemplos de bienes públicos tradicionales son la seguridad de una nación, los paisajes de una ciudad, la estabilidad de la moneda, el imperio de la ley, la confianza ciudadana en las instituciones financieras, la organización del tráfico automotor en las calles, etc. Como que los bienes públicos generalmente no se producen privadamente, el gobierno es el que acaba cumpliendo con ese papel, pero necesita recursos para llevarlo a cabo. Por ejemplo, la seguridad nacional necesita fuerzas armadas o policías, la estabilidad de los precios requiere autoridades monetarias, etc.

Un caso pertinente al análisis de la crisis financiera actual es que hasta hace poco se podía afirmar que los ciudadanos de Estados Unidos disfrutaban de un alto grado de confianza en la capacidad de sus instituciones financieras para garantizar sus ahorros, el financiamiento de sus hipotecas e inversiones y sus planes de retiro. El poder tener esa confianza es de por sí un bien público, en parte generado espontáneamente por la sociedad y en parte por el gobierno. Sin embargo, por una de esas tormentas financieras que ocurren en los países de tarde en tarde, el hecho es que el bien público “confianza” se ha convertido en un bien escaso y todos miran al gobierno como el que puede restaurarlo. El problema es hasta dónde el gobierno puede intervenir con eficacia y cuándo no debe hacerlo.

Al igual que la regulación del tráfico en una ciudad, el gobierno puede hacer cumplir regulaciones que ayuden a que los mercados (financieros y de bienes y servicios) se acojan a ciertas reglas. Pero, una cosa es regular el tráfico y otra es conducir el auto. Ahí yace el principio fundamental que debe regir el papel regulador del gobierno en una economía basada en la libertad de gestión. Intervenir más allá, dañaría la capacidad económica de la sociedad.

Washington, D.C., 26 de febrero de 2009